

Talento, Ocio, Voluntad ⁹⁸

por Sebastián Salazar Bondy ^{15/9/54}

En algunas páginas con un signo o más de edad — acabo de leerlo en un capítulo del pintoresco "Lazarillo de ciegos caminantes" de Concolorcorvo — ya se lee que es frecuente en el Perú la precocidad del talento, el cual se da como una suerte de prematuro relumbrón, cuyo brillo, sin embargo, se apaga prontamente con el advenimiento de la adultez. Y aunque parezca exagerado afirmarlo, el hecho constituye un verdadero problema nacional. Es corriente entre nosotros una primera juventud con ímpetu creador y empeñoso brío que se muestra ahita de posibilidades futuras. En los terrenos del arte y de la literatura, el caso es clásico, y puede decirse que un muy bajo porcentaje de las promociones que ostentan ese signo promisor cumplen en el transcurso de su vida con la palabra empeñada. Es interesante indagar qué causas tiene esta penosa frustración, esta especie de alta mortalidad de la inteligencia peruana.

En verdad, la consagración de un artista en el Perú es harto temprana. De diferentes fuentes proviene el elogio que, como un poderoso soplo, infla un nombre y una obra hasta los más excesivos límites. Héctor Velarde, en un agudo artículo humorístico, atribuye este cáncer del prestigio a una falta de presión exterior. Y no le falta razón. La crítica aquí es amistosa o inamistosa. O se desborda en loas sin medida o asesta improperios despiadados. Toda posición justa, intermedia, serena, con verificaciones y reservas, es considerada tibia y, por ende, mezquina. En general, se derrocha, por compromiso y galantería — residuo este último de nuestro origen cortesano, colonial —, toda clase de incienso intelectual. Y como no es común la conciencia de la propia finitud, como no abunda el equilibrio, el elegido por las ponderaciones casi siempre pierde el sentido y sucumbe a ese éxito temporal. Aquella falta de presión exterior, es decir, aquella escasez de barreras a la fácil vanidad, redundará fatalmente en el fracaso. Hay un instante en que todo ello estalla, pero en un paradójico silencio.

Pero a esta causa, un tanto curiosa, puede añadirse una más rigurosa y dramática. Existe entre nosotros una increíble dedicación al ocio, cuya práctica adopta en algunos cándidos la detestable apariencia de eso que los "poetas malditos" y sus discípulos inmediatos y rezagados denominaron "bohemia". Se cree aún que el artista debe ser ese personaje sucio, desordenado, anárquico, que las caricaturas del siglo pasado consagraron. Claro que hoy el "bohémio" prefiere la modalidad falsamente existencialista, en la que se mezclan los caracteres del antiguo "maldito" y ciertas novísimas prendas de gusto en cierto

modo elegante e, inclusive, original. La vida estéril, la pérdida pródiga del tiempo, la inútil protesta por medio de los actos contra las convenciones burguesas, conducen a la muerte del talento. Ignoran quienes así viven que el creador de nuestro tiempo está obligado a participar de la vida, y de la lucha que ella implica, de una manera activa, definida, constante, y que el ejemplo de una conducta regular es el mejor respaldo que se puede pedir para una obra que aspira a desenterrar falsos valores y a exaltar paralelamente los que realmente deben prevalecer sobre el mundo.

Talento y ocio, no sé por qué designio secular, se dan en el Perú parejamente. Testimonio de esta situación es que la mayor parte de la última literatura peruana — salvo muy raras excepciones — es una vasta folletería. Muy pocos son los que aquí emprenden una tarea a largo plazo, un trabajo paciente y extenso que exija una concentración continua. Tampoco se produce la obra sucesivamente pulida, mejorada, modificada. La publicación de un libro parece significar que se trata del fruto definitivo y último de un hombre. Y lo que en ese libro se descubre como germen de un acierto susceptible de ser posteriormente desarrollado, puede darse por perdido o muerto. Se ignora que es el descontento por lo propio, la visión crítica de cada autor para con lo suyo, lo que determina la impaciencia creadora, esa necesidad de expresar cada vez con mayor calidad y fuerza el trasfondo de ideas e intuiciones que es manantial primigenio de toda tarea artística. Pero es la voluntad, esa energía que impulsa a realizar de modo concreto lo que se cierne en la imaginación como mero proyecto, lo que mueve la mano, lo que la conduce, lo que la lleva hasta el confín de los propósitos. Y la labor voluntariosa suscita, como en un hervor, más ideas y más logros.

Si alguien, hace diez años, me hubiera preguntado qué don quería yo que me fuera otorgado por la naturaleza o la divinidad, yo habría respondido sin vacilaciones que el talento, la inteligencia. Hoy, al cabo de la experiencia, sé lo que en ese caso solicitaría: voluntad, creciente voluntad, infatigable voluntad. Prefiero la obra copiosa que refleja ese espíritu indomable de hacer, que la precaria que es nada más que un vago reflejo de lo que encierra una personalidad sin cultivar, destruída en la indolencia, la pereza, la liviandad. Lo mismo elegiría para los jóvenes escritores del Perú, en quienes — como lo expresan esas páginas a las que al comenzar esta nota aludí — son tan notorias las facultades y tan poco vigente, al mismo tiempo, el deseo de manifestarlas como una realidad tangible y rotunda.